

**L**OS nuevos tiempos políticos parecen haber pillado al intelectual desprevenido y esquivo. Tanto se descomprometió que, cuando le llega la hora de vivir un tránsito objetivamente espectacular, opone al mismo una desconfianza tan demoledora como insólita. Vive la travesía democrática con un distanciamiento despectivo. Algunos se rasgan las vestiduras, no se sabe muy bien si porque añoran un frenesí revolucionario cuando nunca creyeron en la revolución, o simplemente porque en su lucha contra el Todo no les cabe matización alguna.

Cierta actitud ácrata ha salpicado a buena parte de la clase intelectual española, hasta el punto de que el recelo radical se ha hecho norma o moda. El caso es que, aparecida la libertad en nuestro país, el escritor la ha puesto en cuarentena. Tantos años de censura pasada han condicionado, sin duda, esa falta de sagacidad. Y es que la libertad aparece de repente como un reto a la imaginación y ha sorprendido a más de uno a contrapelo, en vaporoso ejercicio de pereza mental y negación del riesgo.

Ya Nietzsche lo había diagnosticado: en los momentos difíciles y crueles el individuo reacciona con optimismo, mientras que en las etapas más democráticas se apodera de él un talante escéptico. El escritor hoy vive el desencanto del positivismo. Lejos quedó la esperanza histórica que generó el dolor de la dictadura. Pero también estamos lejos del imperio de la imaginación.

Es cierto que la naciente democracia española no es capaz de generar gran-

des entusiasmos y que culturalmente el tránsito está resultando decepcionante. Pero la realidad es que en este país la cultura reposa en una especie de limbo confuso y desmadejado, y a este fenómeno contribuye decisivamente la desmovilización de la *intelligentsia* española. La insensibilidad con que, en general, observa cuanto ocurre, ¿es una postura conscientemente adoptada o es

Sólo la saturación que producen cuatro décadas de esperanzas tan siempre renovadas como baldías, pueden explicar la actitud "pasota" de buena parte de los escritores españoles.

¿Qué hacer con la libertad? Es cierto que la libertad no tiene por qué conducir necesariamente a mejores obras artísticas, pero tampoco está conduciendo, aunque resulte sorprendente, a una mayor identificación con el entorno social. El instrumento llamado libertad está en manos del creador, que lo mira, lo remira, no lo reconoce y, como si le resultara algo ajeno, lo deja donde lo encontró y sigue adelante en su camino.

España ha cambiado de sistema político, ha entrado en una nueva fase histórica. Pues bien, el escritor no parece haberse enterado; los nuevos tiempos de su país no le sirven para nada, ni ha participado en ellos ni siente el más mínimo deseo de hacerlo. Decía Juan Goytisolo en un reciente artículo que durante cuarenta años los escritores españoles han disfrutado del exaltante privilegio de ser tenidos por criminales. Ya no queda ni

eso. Hasta la capacidad de provocación, hasta la carga subversiva, en su sentido más profundo, parece haber desaparecido.

La caída en el escepticismo, al modo como la describiera Nietzsche, debiera estar produciendo actitudes hondamente creadoras, renovadoras, ejercicios de la imaginación, apoteosis de nuevas formas.

La realidad es que la inercia y el mimetismo más galopante parece presidirnos hasta el momento. ■ Foto: R. NADA.

## ¿Qué hacer con la libertad?

JOSE ANTONIO GABRIEL Y GALAN



simplemente un síntoma de anemia? La sociedad en estos asuntos es muy suspicaz y a la indiferencia del creador corresponde con la misma moneda.

Lo que intento señalar aquí es el abismo existente entre el escritor y la realidad —digamos— histórica, su casi nula participación en el acontecer público y la escasa repercusión de su labor. Quizá nunca en nuestra historia hubo una tan descomunal desconexión, una tan radical ignorancia mutua. Cada cual va por su lado, jactándose de darse la espalda.